

MALLÓ CHALAPARTA, ORIOL (2022). *EL INFORME IBERDROLA. POR QUÉ EL CAPITALISMO VERDE NO SALVARÁ EL MUNDO*. TAFALLA, 2022

Rafael Domínguez Martín.
Universidad de Cantabria. Cantabria, España
ORCID: 0000-0002-5938-0023
rafael.dominguez@unican.es

El siguiente texto recoge mi intervención en la presentación del libro en Bilbao (España) el 12 de diciembre de 2022.

La obra que tengo el gusto de presentar hoy es un demoledor informe de periodismo de investigación acerca de una empresa –y cito textualmente– “que ha hecho del abuso –sobre competidores, clientes y Estados– una estrategia de mercado”. Oriol Malló nos cuenta en este nuevo informe el trepidante viaje que llevó a Iberdrola desde el electro-franquismo de los monopolios regionales hasta el estrellato del capitalismo verde “en su máxima expresión”, gracias a la privatización por etapas y la reconquista de América promovida por los dos grandes partidos del consenso de élites de la Transición, al que se pegó con uñas y dientes el EAJ-PNV, para conformar esa “monarquía de coludidos y cloacas que lleva por nombre Reino de España”.

Malló es un destacado ensayista que inició su particular descubrimiento de América Latina en 2005. Leyendo esta abrumadora y agónica investigación he podido comprobar que, además de esa coincidencia temporal, mantenemos múltiples afinidades electivas, probablemente en razón de nuestra común condición de *baby boomers* y, por tanto, antimalthusianos radicales: de William

Burroughs a Andrés Manuel López Obrador, de *Apocalypse Now* a *Scarface*, del ecodesarrollo al nacionalismo energético, de la reivindicación del Estado (sí, esa encarnación centralizada del Espíritu absoluto de Hegel) al rechazo del posmodernismo filosófico.

Esta ideología nihilista y disolvente de pensamiento débil, que inspiró a la nueva izquierda ecopolítica contra la razón del materialismo histórico, es la que ha convertido al Partido Verde alemán, con su ministra de Exteriores al frente, Annalena Baerbock, en la vanguardia de la OTAN y la nueva Guerra Fría de EEUU para contener a China y hacer de la UE, con Alemania *uber alles*, el nuevo patio trasero sin calefacción ni agua caliente asequibles del capitalismo verde. Por no hablar de la humillación añadida de tener que ser aleccionados cada día por un payaso de la televisión vestido de caquí al que han decidido convertir en personaje del año.

Dicen mis amigos alemanes que la diferencia entre un liberal y un verde se ha reducido a que el primero va en coche eléctrico mientras el segundo en bici eléctrica a la espera de una nueva subvención. Pero lo cierto es que Alemania, con la cancelación de su programa nuclear impulsado por la nueva hegemonía cultural de los verdes, se metió sola en una trampa geopolítica por la que pasó de depender directamente del gas ruso barato, asegurado con contratos de largo plazo con una petrolera estatal (Gazprom), para quedar al final a merced de los exportadores texanos de gas de esquisto obtenido mediante fractura hidráulica y transportado en barcos metaneros por el Atlántico, a precio spot o de carísima transacción diaria.

El Informe Iberdrola, escrito en la prosa efervescente de Oriol Malló, es un viaje alucinante, y por momentos alucinado, a las entrañas del capitalismo rentista que ha hecho del “cambio climático comercial” su nuevo mega-negocio de acumulación por desposesión en doble formato: mediante la industrialización del paisaje a costa de las comunidades que tenían en esos territorios ahora llenos de aerogeneradores y huertos solares sus modos de vida relativamente sostenibles; y mediante la expropiación de un bien público (la electricidad) y del consiguiente derecho a disfrutar de energía barata, fiable y continua, para que el oligopolio de las

eléctricas nos saquee a millones de clientes cada dos meses y durante décadas lo que, de otro modo (si el suministro estuviera en manos de una empresa pública en régimen de monopolio estatal) podríamos disfrutar en forma de excedente del consumidor. Es el gran robo del siglo basado en el bombardeo por saturación de una nueva versión del *there is no alternative* de Margareth Thatcher: la ideología del colapsismo, que aúna el fundamentalismo de mercado con el fundamentalismo del cambio climático, otro subproducto de exportación de los países del Norte para cercenar el derecho al ecodesarrollo de un Sur Global que reclama responsabilidades compartidas pero diferenciadas.

El viaje de Oriol al infierno de las guerras eléctricas del siglo XXI, que comienza en Cataluña, Euzkadi y Navarra, nos lleva a EEUU, Canadá y México, pasando por Puerto Rico, Chile, Ecuador, China, Francia y Reino Unido, de vuelta a Bilbao. El *Informe Iberdrola* es una obra-río, a lo Philip José Farmer, que compendia análisis contracultural, pensamiento político, historia y sociología empresarial, historia económica comparada, geopolítica, y economía política, amén del estudio en profundidad del sector energético, cuyos aspectos técnicos y de regulación, tan intrincados, Malló contribuye a desanudar con todo detalle hasta que el lector queda sin aliento, aunque sí con la esperanza de un programa para la acción política: nacionalización del sector energético ya, como en China y México, como en Rusia, Francia o Noruega, o como en EEUU durante las políticas de *Energía para todos* del New Deal.

Por qué el capitalismo verde no salvará el mundo trata de la unión sagrada entre el ecologismo y el neoliberalismo, a partir de su común herencia malthusiana, para dismantelar el nacionalismo energético y de los recursos naturales patrimonio del Estado, por medio de la ideología de la escasez asociada al choque climático y su meta-narrativa del Antropoceno. Esa unión obscena ecológico-empresarial que se puede observar directamente a través de los intereses coludidos de Iberdrola y Greenpeace en México para evitar –por medio del amparo ante un sector judicial corrupto y corrompido, y la movilización financiada del frente mediático, político y de

la sociedad civil neoliberales— lo que acabaría con el negocio y sus beneficios exorbitantes: la renacionalización del sector eléctrico.

El núcleo de ese matrimonio antinatural entre ecologistas de clase media lumpen y el “imperio concesionado” es mercantilizar en todas partes lo que debería ser un derecho económico fundamental: el acceso a una fuente barata, fiable y continua de energía para toda la población. Un derecho que, por economías de escala y eficiencia, solo puede garantizar a nivel nacional el Estado, con la consiguiente redistribución progresiva de los costos de producción y suministro, de modo que paguen más los grandes consumidores del sector empresarial y menos el público en general, exactamente al revés de lo que pasa ahora en los países donde la transición energética ha servido de caballo de Troya para la privatización del aprovisionamiento de energía. Un sistema que supone, en palabras de nuestro autor, “un desperdicio infinito de recursos minerales, tierras fértiles y derivados del petróleo” para conducirnos a “una crisis energética permanente” que hoy se justifica con la guerra de Ucrania y mañana con nuevas guerras o cualquier tipo de excusa civilizatoria para evitar el final apocalíptico performativamente anunciado.

A contracorriente del neoliberalismo progresista dominante (en donde se cobija la lucha contra el cambio climático como nueva versión de la lucha final para pequeñoburgueses ilustrados “que sustituyeron al adversario intocable por un adversario plausible”, como dice Malló) los mensajes fuertes de la obra son tres.

Primero, que la transición energética del capitalismo verde (que Malló define como “la primera innovación regresiva en la historia de la civilización industrial”) es una ideología bajo la que se esconde la privatización, mercantilización y precarización del derecho popular a la energía, con el único objetivo de engordar la cuenta de resultados de las empresas energéticas renovables, que operan en régimen de oligopolio, coludido con los gobiernos de todo el arco neoliberal (que incluye a la socialdemocracia de tercera vía preparatoria de la ruta hacia el neofascismo), salvo la honrosa excepción francesa.

El segundo mensaje es que, desde el punto de vista técnico, la transición energética resulta una contradicción en los términos, ya que la intermitencia de las energías renovables (comprobable por la diferencia entre la inyección potencial y real de la energía aportada a la red de distribución que limita drásticamente el factor de operación de las renovables por debajo del 25-35%) requiere una fuerza de respaldo (las centrales de ciclo combinado, cuyo factor de operación es del 80%) que aumenta el consumo de energía fósil (especialmente de gas) y, lo que de verdad le importa a la mayoría de la gente, la transición energética dispara el costo de la factura eléctrica para los usuarios finales *ad aeternum* (en el caso de España, por los costes de transición a la competencia, el canon nuclear, las primas a las renovables basadas en el despacho preferente y ahora el coste-tope del gas). Como señala Oriol, el gas natural “llegó para quedarse porque el entramado renovable debe sustentarse en él para que no colapse su operación”.

Y tercer mensaje: la transición energética, como núcleo duro del capitalismo verde, provocará una nueva oleada de desigualdades entre ricos (con capacidad de financiarse vehículos eléctricos subvencionados, viviendas ecosostenibles descarbonizadas y carísimas baterías Powerwall de alto rendimiento deducibles fiscalmente para hacer frente a los cada vez más inevitables y frecuentes cortes de suministro) y pobres (hacinados en viviendas de alquiler en los centros degradados o periferias segregadas, privados del derecho a la movilidad y dependientes de generadores de gasoil para no quedarse desconectados). Esto ya es realidad en el caso premonitorio de California, el epicentro de la distopía ecologista de los productores descentralizados o *prosumers*, el estado con la electricidad más cara de la Unión Americana y con un sistema de cortes programados (o racionamiento eléctrico) que perjudica a los pobres, a los que es necesario castigar *getting the prices right* por su deriva consumista, mientras los ricos consiguen deducciones fiscales por la inversión en paneles solares.

Los argumentos y la evidencia empírica aportada por Malló en su investigación sobre Iberdrola son aplastantes y en esa secuencia

se trenzan cosas ya conocidas (la gran corrupción de las puertas giratorias y la compra de políticos, la manipulación del mercado eléctrico, o el escándalo de los desembalses de hidráulica reversible) con otras menos truculentas pero en las que el diablo está en los detalles (el problema clave de la intermitencia y toda la regulación a favor de los oligopolios para que la energía eléctrica sea un bien escaso). Este último punto es el que une al neoliberalismo privatizador con el ecologismo punitivo en un matrimonio tan sagrado como maligno, que ha quedado enmarcado dentro de la ideología del Antropoceno, una nueva edición de la distorsión de la realidad con propósitos legitimadores del statu quo que ahora es verde. Con este concepto-narrativa del Antropoceno, las causas del calentamiento global se atribuyen el crecimiento económico intensivo en energía (el consumismo al que no puede aspirar la mayoría y por tanto hay que desalentar) y, sobre todo, al exceso de población que genera una presión extrema sobre los recursos naturales y el medio ambiente, así que cada uno de nosotros debemos comprometernos con nuestro granito de arena a la causa y sobre todo los pobres del Planeta deben conformarse con su austero y sucio modo de vida.

El Antropoceno nada dice de que el 10% de la población más rica del mundo consume el presupuesto total de carbono disponible hasta 2030 para evitar que la temperatura media suba más de 1,5° centígrados, como muestra el último informe Oxfam *Carbon billioners*. Por tanto, el problema no es que los pobres sean demasiados y quieran mejorar su condición, como sugiere el cuento del Antropoceno: el problema es la lógica de acumulación y reproducción del capitalismo extractivista que necesita mercantilizarlo todo, desde la naturaleza a la experiencia humana. Este Capitaloceno es la reedición de la teoría de la dependencia solo que en términos de intercambio ecológico desigual.

Así, para que Iberdrola sea una empresa verde en España (asumiendo que la producción de aerogeneradores y paneles solares, más su anclaje en el territorio para producir electricidad, sea neutral en carbono y sostenible, que no lo es en ninguno de los dos casos) la multinacional española necesita extraer en sitios como

México beneficios extraordinarios mediante el uso de energías fósiles (gas obtenido por *fracking* que llega de EEUU) para producir electricidad, gracias a contratos atados de carácter leonino que firmaron los gobiernos neoliberales desde 1998. Pero, tras el gasolinazo de 2017 (el error performativo de todos los gobiernos obedientes de las recetas del FMI, que chocan contra la sublevación popular al tratar de expropiar el derecho al combustible barato que tienen los pueblos donde el petróleo se considera patrimonio de la nación), llegó AMLO y mandó a parar. Eso es la Iniciativa de Reforma Constitucional del Sector Eléctrico para recuperar “el nacionalismo eléctrico o la soberanía energética” que Iberdrola está intentando boicotear con su batalla político-mediática-judicial y onerosa para presentar el presidente con un anti-ecologista desfasado.

Este ejemplo de manual por el que un gigante del capitalismo rentista se viste de verde en la UE mientras convierte a un país en desarrollo (en este caso México) es su “basurero fósil de referencia” refleja tan solo una parte de lo que en un trabajo reciente he denominado la paradoja extractivista. Porque, además del pacto de sangre entre la energía eólica y el ciclo combinado, hay otro problema mayor de base con la transición energética. Pese a la percepción extendida en los países occidentales de que la sociedad postindustrial y de la información se ha liberado del mundo material y de la extracción de recursos naturales, irónicamente dicha liberación es el resultado de la expansión espacial y la intensificación de la extracción de los recursos en el resto del mundo. Pero lo cierto es que los espacios de consumo desmaterializado (los que nos proponen los manifestantes de los *Fridays for Future* grabando sus manifestaciones en teléfonos móviles de última generación y sangrienta factura si tomaran en consideración el coltán que hay en sus componentes) no pueden existir sin los espacios de extracción material. Así, la interdependencia entre ambos espacios es desequilibrada y tiene un coste.

Ese coste se concreta en las elevadas compensaciones de materiales y agua por energía que supone la nueva matriz de generación renovable, máxime cuando se tiene en cuenta no solo el peso

sino la calidad termodinámica (exergía) de los minerales necesarios para la fabricación de los insumos. En efecto, para la transición energética se necesitan minerales que por su carácter “raro” (sus bajas concentraciones en la corteza terrestre) precisan para su extracción cantidades masivas de químicos tóxicos, agua y energía, y generan volúmenes gigantescos de residuos. Por su parte, la huella hídrica para la fabricación de paneles solares y las turbinas eólicas a fin de producir la energía limpia para la electromovilidad y la Cuarta Revolución Industrial resulta también elevadísima.

El propio Banco Mundial está en plena campaña para promocionar el nuevo boom minero que se avecina con la transición energética baja en carbono para 2050. Según la división de Minería e Industrias Extractivas de la institución, la transición provocará un aumento de la extracción de minerales metálicos muy superior a la derivada del mantenimiento de la matriz tradicional de las energías fósiles. La demanda de metales relevantes para conducir y almacenar la energía eólica, solar y del hidrógeno hasta 2050 podría duplicarse y, en algunos casos como el litio, el grafito y el cobalto, aumentar hasta un 500%, según las últimas estimaciones de 2020. Esto plantearía un nuevo conjunto de desafíos para el desarrollo sostenible y podría comprometer los esfuerzos y las políticas propuestas por los países para alcanzar sus objetivos climáticos y los relacionados con los Objetivos de Desarrollo Sostenible, en la medida en que multiplicaría los impactos en los ecosistemas locales, los sistemas acuáticos y las comunidades. Adicionalmente, la acción contra el clima, que creará ganadores (la minería metálica) y perdedores (la extracción de hidrocarburos) entre las industrias extractivas, también moverá a los países con dotaciones devaluadas a ampliar sus fronteras extractivas hacia la minería metálica, como de hecho ya está ocurriendo. De eso trata lo que mis colegas alemanes del proyecto internacional *Extractivism.de* han resumido en el lema “el extractivismo, la cara oculta de la sostenibilidad”.

Cierro ya mi intervención, acudiendo a dos citas literales, a modo de resumen y mensaje político final de la obra. *El informe Iberdrola* es un análisis de la “unión sagrada de utopistas y capita-

listas [que] transformó para siempre los sistemas eléctricos de los cinco continentes debilitando, en una ofensiva multinacional, las bases de la nacionalización energética que durante gran parte del siglo XX definieron ese eje... del pueblo contra las corporaciones, el cual sobrevive en lugares como México”. Y el mensaje político final, en coherencia con lo anterior: “no hay nada mejor que la nacionalización de activos, la soberanía energética y el control público de las represas hidroeléctricas, pozos petroleros, redes de gasoductos o reactores nucleares por monopolios de propiedad estatal, capaces de garantizar una energía asequible y barata, aunque esta no sea tan limpia como esperamos”. Por algo Lenin tenía razón al definir el socialismo como los soviets y la electricidad.